

INTRODUCCIÓN: UNA DEFINICIÓN INICIAL DE TEOLOGÍA

Desde que el *Homo sapiens sapiens* pisó la Tierra, ha sido intrínsecamente religioso. La religión no es solo una característica de la humanidad, sino una respuesta al enigma de su propia existencia. Frente a los misterios que lo rodeaban y lo angustiaban, el ser humano recurrió a la religión como una forma de comprender y enfrentar lo desconocido.

Imaginemos el asombro y el temor del ser humano primitivo al presenciar por primera vez la erupción de un volcán, un terremoto, la furia de un huracán o la muerte de un miembro de su clan. A diferencia de otros animales, que huían o se sometían pasivamente a la naturaleza, el ser humano reflexionó: “Deben existir fuerzas desconocidas e inescrutables que causan estos fenómenos; debe haber una manera de conciliarse con ellas”.

La religión surgió como respuesta a estas inquietudes. Sacrificios, ofrendas, holocaustos, libaciones y expiaciones se convirtieron en medios para establecer un intercambio místico con esas fuerzas invisibles. El ser humano ofrecía algo valioso a cambio de protección o beneficios, un trueque que ha perdurado hasta nuestros días.

Este comportamiento queda patente en textos antiguos como la *Epopéya de Gilgamesh*, un poema épico mesopotámico datado hacia el 2100 a.C. En él, se narra cómo Gilgamesh y Enkidu, tras derrotar al Toro Celeste enviado por la diosa Ishtar, ofrecen su corazón al dios Shamash en señal de gratitud. De manera similar, en la *Iliada* de Homero (800 a.C.), el sacerdote Crises suplica al dios Apolo vengar la afrenta del rey Agamenón, quien rechazó el rescate ofrecido por su hija Criseida. La posterior peste que azota a los aqueos es interpretada por el adivino Calcante como la furia de Apolo, reflejando una comprensión religiosa de los fenómenos naturales y sociales.

Aunque hoy, gracias a los avances científicos y tecnológicos, podemos explicar muchos fenómenos que antaño parecían obra de fuerzas divinas, el ser humano sigue siendo religioso. Más allá de su adhesión a las grandes religiones organizadas, persiste una búsqueda de sentido ante las incógnitas que aún envuelven la existencia.

El Prólogo del Evangelio de Juan (1,18) lo expresa con claridad: “A Dios nadie lo ha visto jamás, sólo el Unigénito, que estaba en el seno del Padre, es quien nos lo ha manifestado”. Hay, por lo tanto, una postura diametralmente opuesta entre la búsqueda humana por encontrar un sentido en la divinidad, y la respuesta dada de sí mismo en la Revelación efectuada por Jesús de Nazaret. La historia de la humanidad ha sido semejante a una multitud de ciegos tanteando y dando bastonazos en medio de la densa neblina de la historia buscando quién pudiera develarle la respuesta a sus interrogantes más profundas. Jesús de Nazaret, que estaba en la intimidad más profunda de la entraña del Padre, es quien nos lo ha revelado. El Padre sólo ha dicho una palabra (logos) salido de lo profundo de su ser y esta es Jesús.

La Revelación, por tanto, no es un libro caído del cielo para ser venerado, sino Cristo mismo, el Logos encarnado, la Palabra más profunda del Padre que se hace hombre para esclarecer el misterio de Dios y, con ello, el misterio del ser humano. Como declara la

Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II (n. 22), “el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”. Todo lo que ha angustiado e inquietado a la humanidad encuentra su respuesta en Cristo.

Por ello, hacer teología no implica únicamente estudiar el fenómeno religioso o especializarse en religiones. Hacer teología es adentrarse, con el mismo rigor metodológico que empleamos en la ciencia —con razonamientos claros, ordenados y deductivos—, en el misterio de Dios revelado por Cristo. Es un esfuerzo por comprender, a la luz de la razón y la fe, la verdad última sobre Dios y la humanidad.

Fue alrededor del año 1078 cuando San Anselmo de Canterbury escribió su famosa obra *Proslogion* (discurso) donde en esta meditación dirigida a Dios intentó demostrar la existencia de Dios a través de su famoso “argumento ontológico”. En el capítulo 2 de esta obra, el santo describe su método teológico “como una búsqueda de comprensión a través de la fe”. Esta intención ha trascendido a nuestros días acuñada con la famosa frase “*Fides quaerens intellectum*” que se traduce como “la fe que busca entender” o “la fe que busca comprensión”¹.

Por tanto, la teología es la actividad de aquel que tiene fe -el creyente- el cual siente el deseo y la necesidad de comprender mejor aquello que cree (v. gr. El misterio de Dios revelado por Cristo, el misterio de la propia existencia en relación con Dios y a los otros, etc) para llegar a una comprensión (*intellectus*) más clara y profunda del contenido de la propia fe.

Sin embargo, no es una tarea de una élite ilustrada, más bien, es la iglesia entera más que el creyente singular -el sujeto- que profundiza el conocimiento de la verdad en la cual cree, el sujeto de la actividad teológica.

La teología, por lo tanto, es la disciplina (que tiene carácter de ciencia como veremos más adelante) gracias a la cual, la verdad revelada, acogida en la fe viene explicitada, considerada del intelecto, profundizada y expresada en el lenguaje humano. La actividad teológica “es necesaria” porque la verdad de Dios ha manifestado en la revelación, incluso superando la capacidad humana de comprensión, atrae e involucra al hombre desde lo más profundo de su ser, y exige ser asumida y traducida a su propia vida. Y, no obstante, la “desproporción” entre verdad revelada y la capacidad de la razón humana, la actividad teológica es posible, porque gracias a la luz de la fe, el hombre está en grado de comprender, en una cierta medida, aquello que ha creído.

Como síntesis de estas consideraciones el documento de la congregación para la doctrina de la fe “*Donum Veritatis*” (24 de mayo de 1990) tiene un breve pero significativo pasaje:

¹ Esta frase en realidad está presente en toda la obra anselmiana. Ya, desde el prefacio, explica que el objetivo de escribir el *Proslogion* es “entender lo que ya se cree por fe”. Lo dice así: Ego sic eam scripsi, ut nihil in ea poneretur, quod non prius et certius in fide catholica crederetur. (He escrito [esta obra] de tal manera que nada se incluye en ella que no haya sido previamente y con certeza creído en la fe católica). Con esta frase deja clara una realidad inherente a todo creyente: la fe no es ciega, sino que busca una comprensión racional de las verdades reveladas.

La verdad ofrecida en la Revelación sobrepasa ciertamente la capacidad de conocimiento del hombre, pero no se opone a la razón humana. Aunque la Verdad revelada es mayor que todas nuestras palabras y a nuestros conceptos son imperfectos frente a la grandeza insondable (Ef 3,19), sin embargo, invita a la razón -don de Dios para captar la verdad- a entrar en su luz, convirtiéndose así capaz de comprender, en una cierta medida, cuánto ha creído.

¿En qué sentido el hombre que acoge con fe el revelarse de Dios y el conjunto de verdad que Dios comunica, siente la necesidad de “comprender” tales verdades? ¿No son evidentes a la razón?

Nos bastará pensar en algunos contenidos / verdades fundamentales de la fe para darnos cuenta que un esfuerzo del intelecto es necesariamente pedido al hombre en el momento mismo en quien acoge tales verdades.

Ejemplos:

1. En la profesión de fe, afirmamos creer *en un solo Dios, Padre todopoderoso... en un solo Señor Jesucristo... en el Espíritu Santo que es Señor y dador de vida.*
 - a. Creer que el Padre es Señor, como lo es Hijo y el Espíritu Santo no “explica” cómo aquello pueda ser posible, permaneciendo intacta la verdad que Dios es uno.
 - b. El creyente que quiere dirigirse a Jesús o al Padre en la oración, es empujado a preguntarse con “Quién” está hablando, quién es el sujeto al cual se dirige. La historia demuestra cómo la reflexión de los creyentes, fieles, teólogos y pastores en la Iglesia, gradualmente han pasado especificar el significado de los términos divinos empleados para referirse a Dios y a las personas divinas, hasta explicar en modo correcto el misterio trinitario y arrojar luz sin agotarlo de modo exhaustivo.
2. Otro misterio principal de la fe cristiana es la encarnación del Hijo de Dios. Nosotros confesamos que Dios se ha hecho hombre, ha irrumpido en el tiempo, la finitud, asumiendo la naturaleza humana.
 - a. Ahora bien, también esta verdad interpela la razón humana, por lo cual podemos comprender cómo la grandeza de Dios pueda ser “contenida” dentro de los límites y en la debilidad de la naturaleza humana. La expresión *perfectus Deus, perfectus homo*, tan llena de luz, nos dice que Dios se ha hecho verdaderamente el Emmanuel, el *Dios con nosotros*, es al mismo tiempo misteriosa y nos estimula a adentrarnos cuanto sea posible en el misterio de la persona de Jesús.
3. Podremos continuar con más ejemplos. Qué relación existe entre Dios y el cristiano: qué significa que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del espíritu santo” (Rom 5, 1-5) o, en otras palabras, qué significa “la inhabitación trinitaria en el alma del justo”? En qué sentido, la Madre de Dios es también “madre” de los cristianos? Qué significa que Cristo esté realmente presente en la Eucaristía? Cuál es el contenido del artículo de fe sobre la resurrección de los muertos y sobre la vida del mundo futuro? Qué entendemos cuando afirmamos que

la Iglesia es “cuerpo de Cristo”, “sacramento... de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo género humano”², o cuando afirmamos la unidad y la santidad?

En los ejemplos propuestos, y en todos aquellos que podamos pensar, es evidente la necesidad que a la fe debe acompañarla una reflexión racional. En este momento inicial de nuestro curso nos va a estar a decir que tal necesidad tiene una doble motivación: la primera es el simple hecho que los contenidos de las diversas verdades de fe (trinidad, encarnación, la eucaristía, etcétera) no son evidentes ni comprensibles per se, por lo cual se requiere un esfuerzo de penetración intelectual.

La segunda motivación es en cambio una exigencia del corazón del ser humano creyente: las verdades creídas por la fe son verdades que conciernen directamente al ser humano, revelando su relación con el Dios que lo creó y que lo invitan a la comunión consigo mismo. Revelan el sentido de la vida y le muestran la manera plenamente humana de vivir ahora y con vistas a la eternidad. Por esto el creyente siente el desafío de comprender, cuanto le sea posible, la palabra de Dios en la que cree, en cuanto se trata para él de “palabras de vida eterna”³.

COORDENADAS FUNDAMENTALES

Antes de concluir esta introducción es útil explicar brevemente 3 puntos fundamentales, que recibirán un amplio tratamiento más adelante, pero que constituyen 3 coordenadas que orientarán en nuestro curso. Nos parece pertinente, sobre todo para quien se acerca a la teología, tenerlas presentes desde el principio con la idea de comprenderlas y profundizarlas críticamente con el avance de los estudios.

1. Relación entre teología y Revelación

El contenido central de la fe cristiana es Dios mismo y su actuar salvífico en la confrontación con el ser humano. Por esta razón, la actividad de estudio y de profundización racional de la fe ha tomado, en el curso de la historia de la Iglesia, el nombre de *teología*, es decir discurso (*logos*) sobre Dios (*Theós*). Ahora bien, aquello que Dios es en sí mismo y el misterio de su voluntad en la confrontación con el ser humano no sería accesible si él no se hubiese revelado. Por lo tanto, la relación entre teología y revelación es fundamental e imprescindible: “el teólogo, por eso debe tener siempre su referencia en la Revelación para verificar sobre ésta los resultados de su búsqueda. El Dios del que habla no es una erudita construcción filosófica, sino el Dios vivo y verdadero que realizó nuestra salvación por medio de Jesucristo.”⁴ La teología cristiana nace, fundamentalmente, como respuesta creyente a la Revelación y no como esfuerzo humano de ascensión a Dios: es, ante todo, una reflexión sobre la verdad revelada por Dios y acogida en la fe. Esto significa que, si bien puede apoyarse y valerse de los aportes de otras disciplinas y de otras fuentes de conocimiento

² CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. Lumen Gentium, n.1.

³ Jn 6, 68

⁴ J.-P. TORRELL, La teología católica, Milán 1998, 15.

(como la filosofía, la historia o la ciencia, etc), su esencial punto de referencia permanece en la Revelación recibida y custodiada por la Iglesia.

2. Relación entre teología e Iglesia

La Revelación no se ha manifestado simplemente a beneficio de individuos singulares en el curso de la historia. Desde la revelación de Abraham, Dios quiso establecer un pueblo a través del cual su bendición alcanzara a todos los pueblos. En la memoria de este pueblo es posible recorrer “las etapas de un largo camino en el que Dios se ha dado a conocer, se reveló, y entró en la historia con palabras y acciones”⁵. La acogida y la comprensión de la Revelación de Dios como tal (es decir el reconocimiento que ciertas palabras y ciertas acciones eran auténticas manifestaciones de Dios) ocurrieron en el seno del pueblo de Dios, en la comunidad creyente.

Si todo aquello es verdadero ya para el Israel del Antiguo Testamento, lo es todavía con mayor evidencia para la Iglesia, el nuevo Israel: desde sus apóstoles, Cristo, Palabra encarnada se ha dado a conocer⁶ y le ha confiado la tarea -con la garantía de la asistencia del Espíritu de la verdad- de anunciar a todos los pueblos el Evangelio, plenitud de la Revelación. En otras palabras, Dios ha entregado la Revelación, su memoria y la misión de dar la conocer en cada lugar y en cada tiempo, a la Iglesia. “La Palabra de Dios, el Evangelio, es un don hecho directamente de Cristo a su iglesia y, sólo mediante la Iglesia, a los creyentes. Por esto, el sujeto primario y principal de la Palabra de Dios es la Iglesia misma”⁷.

Esto significa que la teología, en cuanto reflexión centrada en la Revelación acogida con fe, es propiamente una actividad de la Iglesia en cuanto pueblo de Dios. Y que el *sentire cum Ecclesia* es para el teólogo una de las condiciones necesarias para contribuir a un auténtico progreso teológico.

A tal conclusión lleva también la consideración que la fe del cristiano no es tampoco una cuestión privada, pero nace y se nutre de la relación con la comunidad de los creyentes que es la iglesia. “No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también

⁵ BENEDICTO XVI, Audiencia general, 16 de enero 2013. La Dei Verbum (n. 14) dice lo siguiente: Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con singular favor se eligió un pueblo, a quien confió sus promesas. Hecho, pues, el pacto con Abraham y con el pueblo de Israel por medio de Moisés, de tal forma se reveló con palabras y con obras a su pueblo elegido como el único Dios verdadero y vivo, que Israel experimentó cuáles eran los caminos de Dios con los hombres, y, hablando el mismo Dios por los Profetas, los entendió más hondamente y con más claridad de día en día, y los difundió ampliamente entre las gentes (Cfr. Sal 21, 28-29; 95, 1-3; Is 2, 1-4; Jer 3, 17)”.
⁶ Jn 14, 8-11; 15, 15.

⁷ B. MONDIN, *Introduzione alla teología*, Milán, 1991, 15.

comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el «nosotros» de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia.”⁸

Por tanto, “como reflexión nacida de esta fe, ‘la teología es ciencia eclesial, porque crece en la iglesia y actúa en la iglesia; por esto no es nunca tarea de un especialista, aislado en una especie de torre de marfil. Está al servicio de la Iglesia y por lo tanto debe sentirse dinámicamente inserta en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética”.⁹

3. Relación entre teología y vida cristiana

El Evangelio es “una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rom 1, 16). El contenido de la revelación, que podemos también designar como evangelio, no es simplemente una doctrina, una teoría por conocer, sino también, inseparablemente, fuente de vida nueva. Ser cristiano significa de hecho, un verdadero y propio nacer de nuevo, para hacer una sola cosa con Cristo, en el modo de pensar y de sentir.

Entre conocimiento del Evangelio y vida cristiana se tiene una cierta circularidad: se debe conocer el evangelio para vivirlo, y viviéndolo, comprendiéndolos siempre en mayor medida. Vale para cada cristiano la bella expresión de Urs von Balthasar a propósito de la iglesia: “si la Iglesia entiende, es santa, y recíprocamente, en la medida en la cual es santa, ella entiende”¹⁰.

Para la teología esto tiene profundas consecuencias. La actividad teológica no puede ser separada de una auténtica vida de fe. No es necesario profundizar ahora en este punto, el cual retomaremos más adelante. Nos basta por ahora tener presente que “la fe y la contemplación pertenecen por tanto a los estatutos epistemológicos de la teología” y que, por otra parte, la teología puede y debe alimentar en el teólogo (y en el estudiante de teología) la fe y la contemplación, el deseo de santidad.

Hemos formulado una idea preliminar de qué cosa significa hacer teología y esbozado algunas coordenadas fundamentales. Se trata ahora de afrontar el modo orgánico y con mayor profundidad las cuestiones principales inherentes a la disciplina teológica: cuál es el objeto de estudio de la teología, cuáles son los principios a la luz de los cuales la teología se desarrolla o en otras palabras cuál es su método?, cuáles son las fuentes de la investigación teológica? Estos y muchos más son los aspectos que profundizaremos a lo largo de este curso y que nos permitirán comprender más a fondo la esencia y la tarea de la teología.

Antes de desarrollar sin embargo los diversos temas de modo sistemático nos parece útil dirigir una mirada a la historia, para ver cómo la actividad teológica ha tomado forma en la iglesia, a partir de sus orígenes. Tal perspectiva nos permitirá asumir -a través la vida misma

⁸ BENEDICTO XVI, Audiencia general, 31 de octubre 2012.

⁹ JUAN PABLO II, Discurso a la Pontificia Universidad Gregoriana, 15 de diciembre 1979.

¹⁰ H. U. VON BALTHASAR, Teología y santidad en Verbum Caro, Ensayos teológicos, Madrid 1964, 235

de la iglesia las características fundamentales del quehacer teológico, para después examinarlos de modo reflexivo y sistemático.